

El Idealismo Filosófico de Rodó.

Por ARTURO ARDAO

(Fragmento de una exégesis de las ideas filosóficas de Rodó).

Partiendo del positivismo, había dicho Rodó en 1899, se trataba para el pensamiento de la época de conducirlo, sin desvirtuarlo, a di- verse en concepciones más altas. ¿Cómo andia él esas concepciones? Las llamó con nombre genérico que usó profusamente: el IDEALISMO. La afirmación del idealismo es presente, expresa o tácitamente, en todas producciones anteriores a ARIEL; es la insistente del discurso de Próspero; y do el Rodó maduro arquea, en el estudio de Torres, la conciencia filosófica de su ge- ción, es el término que encuentra para arar su carácter: "No cabe duda de que más interesantes, enérgicas y originales ciones del espíritu contemporáneo, en su de verdad y de belleza, convergen dentro un carácter de idealismo que progresiva te se define y propaga".

Por estos párrafos pasa su diario filosófico. Ellos lo si- en el campo del conoci- to en una característica ad de cautela crítica. Se listo cuan exigente era su sidad de creer, con qué za rechazaba desde lo más no la resignación escépti- Un robusto instinto de mbrio intelectual lo defien- empero, de la especula- incontrolada, a base de ralizaciones abstractas y usiones absolutas. En el no pasaje saluda, entre las aras corrientes que llama istas, "el poderoso alien- que reconstrucción metafísi- ste Renouvier, Bergson y os "troux". Pero no se enfuda nguna. Apresando el senti- más sutil de las tendencias un tiempo, huye de la consi- gión sistemática, compren- mente advertido, de acuer- con esas mismas tenden- de las celadas encubier- en las relaciones entre el amamiento y el lenguaje, así no entre la psicología y la la de la inteligencia. Pun- ste que demanda esclare- do aparte, se vincula a concepción vivencial de la ad a través de la razón ificada con la experiencia

escartada esa prevención a, de que ocasionalmen- aba cuenta con el prefijo ¿qué sentido asumía en a definición esencial de ALISMO? Se hace neces- arlo. Pocos términos íficos tan vagos y equivo- como éste. Por otra pa- nadie más dispuesto que a reconocer que "no hay bre de sistema o escuela sea capaz de reflejar, sino ficial y pobremente, la eplejidad de un pensamien- vo".

da tiene que ver con el sea dicho ante todo, el mismo ontológico que di- e el mundo en la concien- que reduce toda la reali- a pensamiento o IDEA, ndida ésta ya como ente eptual, ya como contenido ógico de la percepción. ajante problema no se lo ó Rodó de un modo ex- a, lo que no significa que viera noción de él. En ita de Hartmann alude conocimiento que éste ha e "la superioridad de la ía cristiana en cuanto a la realidad del mundo, e el idealismo NIHILISTA la detenido la evolución a arias asiáticas". Refe- la harta escueta, pero que a a mostrar, no sólo que a el sentido metafísico término idealismo, sino n que no era precisa- óo —actualizando enten- por ciertos aspectos de la oración filosófica de su — el que lo seducía. De alidad, escrita con me-

yúscula, reclamó "una concep- ción amplia y armónica. La que comprende lo mismo el vasto campo de la vida exterior, que la infinita complejidad del mundo interno".

No es de idea, como en ese sentido metafísico, sino de IDEAL, que procede directa- mente, en cuanto expresión fi- losófica, su idealismo. Ideal deriva a su vez de idea, pero si bien puede serlo en la for- ma subordinada de adjetiva- ción o predicado, puede serlo también —y éste es el caso en lo que esencialmente ata- ñe a Rodó— en la significa- ción sustantiva de idealidad. La idealidad constituye una esfera generada por la existen- cia plural del ideal, que su pen- samiento distingue y opone con insistencia a la de la reali- dad. El ideal no existe, sin embargo, en esa esfera como un engendro formal de la ló- gica, en calidad de represen- tación abstracta o de concepto puro. Existe, para decirlo con con lo fundamental del miste- rio que la envuelve". El idea- lismo se opone aquí, igualmen- te, al realismo; a aquel rea- lismo que en el campo del co- nocimiento se daba por satis- fecho con la superficialidad aparente del mundo de los sentidos. Pero no para afir- mar por discursos más o me- nos lógicos, al estilo de la vieja metafísica, la existencia de un orden ideal suprasensi- ble, fundamento último de la experiencia: el positivismo ha- bía sido evidentemente oportu- no "en el terreno de la pu- ra filosofía, donde vino a aba- tir idealismos agotados y es- tériles". Es en la noción del ideal como valor, que reposa también en este aspecto el idealismo de Rodó. Aquella "sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura huma- na a encararse con lo funda- mental del misterio que la en- vuelve", se confunde en él con la necesidad de alcanzar la fuente última de los ideales, es decir, de los valores. Su idealismo se presenta defini- tivamente entonces como una axiología; una axiología que, al mismo tiempo que funda- menta su filosofía de la ac- ción, se relaciona íntimamente con su visión metafísica del ser.

Afirma los valores como "aquellas nociones superiores que mantienen fija la mirada en una esfera ideal: bien, ver- dad, justicia, belleza." A se- mejanza de las ideas platóni- cas, esas altas nociones, "ele- mentos superiores de la exis- tencia racional", se correspon- den entre sí, convergiendo ha- cia un centro armónico cons- tituido por "el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas". Pero tal correspondencia no es co- mo en Platón producto de un

Recordando, no obstante, cuanto debe a la formación positivista —que era en lo especula- tivo, como vimos, el "potente sentido de rela- tividad; la justa consideración de las realida- des terrenas; la vigilancia e insistencia del es- píritu crítico; la desconfianza para las afirma- ciones absolutas" — cree necesario precisar el alcance gnoseológico de aquella definición: "Sólo que nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualis- tas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone entre ambos caracteres de idealidad el positivismo de nues- tros padres. Ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún mo- do dentro de aquélla que la sustituye... So- mos los neoidealistas, o procuramos ser, co- mo el nauta que yendo, desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón a brazos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda".

orden trascendente; y mucho menos conclusión discursiva, imponiéndose por su validez lógica. Es, simplemente, la conciencia "en el encadenamien- to simpático de todos aquellos altos fines del alma", conside- rándose "a cada uno de ellos como el punto de partida, no único, pero sí más seguro, de donde sea posible dirigirse al encuentro de los otros".

Es que los ideales —los va- lores— no tienen un funda- mento a priori, ni racional ni teológico. Surgen de la experi- encia. Los crea la Vida en el seno de la Naturaleza. Lo alcanzó a decir, rápida pero ex- presivamente, con una signifi- cación filosófica inequívoca, en la oración de Próspero. Es en nombre de aquella esfera ideal que obra Ariel. Y Ariel no es sino "el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida... Ariel es, para la Na- turaleza, el excelso corona- miento de su obra, que hace terminarse el proceso de as- censión de las formas organi- zadas con la llamarada del es- píritu".

Contrariamente a lo que al- guna vez se ha dicho, estamos lejos de los platonismos y de los cartesianismos, de los ar- quetipos eternos y de las ideas innatas, derivados de un cerrado ordenamiento racion- al anterior a toda experien- cia. Es el naturalismo evolu- cionista, ambiente en la filo- sofía de su época —Spencer fué uno de sus grandes maes- tros— lo que sirve de fondo metafísico a su teoría de los valores; un naturalismo eva- lucionista refrescado por la naciente filosofía de la vida que procedía de él. Naturale- za, evolución, vida —escritos a menudo con mayúscula— son conceptos que recorren el ARIEL, como por otra parte el resto de su obra, jalando una concepción immanente, al mismo tiempo que abierta, progresiva y optimista del ser. En nombre de "la causa del espíritu", que "corona la obra de la Naturaleza", sin confiar más que "en la eterna virtu- dad de la Vida", convoca a la juventud para "el acelera- miento continuo y dichoso de la evolución", porque "lo que a la humanidad importa su- var contra toda negación pe- simista, es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo pre- sente, sino la de la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres".

Portadora del espíritu la hu- manidad calamina el proceso de ascensión de las formas orga-



lizadas. Viene de la oscura raíz animal. La fraternidad con los animales que manifes- tó tan delicadamente en MI RETABLO DE NAVIDAD, uníase en su espíritu a la con- vicción intelectual de la soci- dad biológica de las espe- cies: "La investigación cientí- fica, reduciendo considerable- mente la distancia que el or- gullo imaginara entre nuestra especie y las inferiores; pa- tentizando entre una y otras similitudes de organización y el parentesco probable, tiende a rehabilitar aquéllas simp- tías, nacidas del natural ins- tinto, por cuanto ofrece como ellas, fundamentos para la pi- dad y compasión respecto de seres que reconocemos dota- dos de todas las capacidades el término que ha hecho for- tuna en la filosofía contempo- ránea y cuya proyección Rodó no tuvo tiempo de conocer, co- mo VALOR que apunta a la realidad aspirando y exigiendo ser trascendido de algún mo- do a ella. Es por esta afirma- ción, y sólo por ella, del ideal como valor, que oponía el idea- lismo al positivismo, conside- rado éste en todas sus mani- festaciones —estéticas, éticas y especulativas— como realis- mo axiológico.

En primer lugar, en el or- den estético, concibe el arte de su tiempo como una reac- ción idealista contra el realis- mo naturalista de las genera- ciones anteriores. Reacción idealista constituida, en esen- cia, por la búsqueda de la be- lleza en el ensueño, rescatado de una proscripción que no se pudo soportar. En sus críticas tempranas de la "Revista Na- cional" destaca a menudo, con simpatía, los anhelos de "res- tauración ideal", la "infinita ser de un ideal", las "nostal- gias ideales" que estremecen a las manifestaciones artísticas de fines del siglo; y de la obra de Rubén Darío declara poco después que "es en el arte una de las formas personales de nuestro anárquico idealismo contemporáneo".

Pero este renacimiento esté- tico idealista no ha de ser a costa de la realidad bien en- tendida. Uno de los terrenos en que se había hecho sentir la oportunidad histórica del positivismo, era "el de la ima- ginación artística, a la cual lí- bertó, después de la orgía de los románticos, de fantasmas y quimeras". Esa conquista debe defenderse. El arte debe tener un "contenido humano"

(Pasa a pág. 17)

Idealismo . . .

(Viene de pág. 23)

ardando "solidaridad y relación con las palpitantes oportunidades de la vida y los intereses de la realidad". Necesitamos, los que tenemos la sed de una nueva fuente espiritual para nuestro corazón y nuestro pensamiento, andar el camino andado, ver la espalda a aquellas cosas que brotaron ayer de los senos de la Realidad . . . comienza la cuestión del arte contemporánea —ha dicho un crítico— cuando una vez sanada como su condición general la Realidad, dirigese el alma humana al artista y al creador y le pregunta: ¿Qué aspecto de realidad vas a escoger? ¿Qué aspecto de la vida vas a tomar como base de inspiración y de trabajo? Vienen, pues, el espíritu nuevo a fundar, a ensanchar, no a destruir."

En segundo lugar, ese sentido del idealismo, con punto de partida en la realidad, en la vida, para sublimarlas, recaptarlas enriquecidas en el campo de la ética. Aquí también el idealismo se opone al realismo positivista, que se había llamado utilitarismo como al naturalismo. El positivismo, interpretado con un criterio estrecho —en especial como llegó a divulgarse en América— llevaba a una exclusiva consideración de los intereses materiales; a un concepto reducido y misero del destino humano; al menosprecio o la falta de comprensión de toda actividad desinteresada y libre; a la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que resume en los términos de PRACTICO y lo UTIL. . . crítica del utilitarismo, como el positivismo práctico, es uno de los asuntos centrales de ARIEL, donde se particulariza en el enjuiciamiento de los Estados Unidos, "encarnación del verbo utilitario". La ética moral de Próspero se orienta así a exaltar el ideal desinteresado, a revelar "la fe en el ideal", a "devolverle a la vida un sentido ideal".

Pero aquí tampoco, como en el arte, el idealismo ha de imitar el sacrificio de la realidad; antes bien, se la ha de ver constantemente en vista, no ya para transfigurarla por la imaginación, sino para mejorarla por la inserción activa de la idealidad en lo real. El positivismo había sido oportuno también "en el terreno de la práctica y la acción, a las que trajo un contacto más íntimo con la realidad". Esa es conquista que también debe defenderse. Sin duda que "donde quiera que llamamos la potencia ideal y cuando nos lleve en dirección de algo vano, equivocada o injusto, ella, con sólo su poder de disciplinarnos y ordenarnos, ya encierra en sí un principio de moralidad que la eleva superior a la desorientación y el desconcierto". Pero al encarnarse en la realidad se dirige esencialmente a la acción, frecuentemente invocada, que Próspero refiere "el pensamiento idealizador". Por eso admira en las cosas —modelo impercedero de la humanidad— el que haya sabido "engrandecer a la vida el sentido de lo ideal y de lo real."

En tercer lugar, en fin, no sólo en los campos del arte y de la acción el idealismo de ese tiempo renovaba al positivismo. También, dijo, "en la esfera de la especulación reafirmamos, contra los muros salvables de la indagación positivista, la sublime torquedad del anhelo que excita a la

arquitectura humana a elevarse a elementos de nuestra sensibilidad, muy ajenos del automatismo sin alma que en un tiempo se atribuía al animal, identificado casi por los cartesianos con los muñecos de resorte."

Inspirando los débiles esos fuerzas de racionalidad del hombre prehistórico —no como reminiscencia platónica de una perdida patria celeste —

comenzó la gesta de Ariel. En es, desde entonces, "el héroe epónimo en la epopeya de la especie, el inmortal protagonista", acudiendo ágil, "como al mandato de Próspero, a la llamada de cuantos le aman e invocan en la realidad". ¿De dónde su imperio? "Su fuerza incontrastable tiene por impulso todo el movimiento ascensional, —el valor— no reconociente de la vida". El ideal, por

otra fuente que la vida misma en su acción incesantemente creadora. Amado e invocado desde la realidad, interviene para modificarla, remontándola a un término mejor. Tal es el fundamento último —quede todavía por verse la coincidente hipótesis de un panteísmo evolucionista que insinuó como respuesta a sus tribulaciones religiosas — de su filosofía de la acción,

de sus ideas sobre la relación entre el pensamiento y la vida, y, en definitiva, de su doctrina proteica de la personalidad. Doctrina que tenía por centro la vocación, porque la vocación, orientada hacia "un ideal concreto", marca en la profundidad viviente de la conciencia —en la REALIDAD— "el polo de idealidad" que imanta al alma individual.

Arturo ARDAO.